

Dimensión místico-profética en Jesús de Nazaret

*Para
comprender
el sentido
que asume
esa
dimensión
profética
es conveniente
partir del
testimonio
ofrecido
por las
comunidades
cristianas
que se la
atribuyen.*

*P. Félix Eduardo
Cisterna, cfm*

Jesús, el profeta de Nazaret

En el camino de Emaús, Cleofás interpela al desconocido que se les acerca: “¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!” (Lc 24,18). Invitado por éste a relatar los acontecimientos, él y su acompañante responden: “Lo referente a Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24,19). De esa forma se señala la dimensión profética como uno de los rasgos más característicos de la actuación del Nazareno.

Algunos textos de los Evangelios consideran que esta atribución pertenece sólo a una etapa todavía incompleta en el camino de la verdadera fe. Tal es el caso de los que proceden de la comunidad del discípulo amado donde se coloca el término en la boca de distintos personajes: “Señor veo que eres un profeta” (Jn 4,9) exclama la Samaritana; “Éste es, verdaderamente el profeta que debe venir al mundo” (Jn 6,14) dice la gente; “Éste es verdaderamente el profeta” (Jn 7,40) opinan algunos de la multitud; “Es un profeta” (Jn 9,17) responde el ciego preguntado por la identidad de Jesús. En todos estos casos, en el desarrollo de estos discursos del que forman parte estas afirmaciones se muestra a continuación la necesidad de pasar paulatinamente a formas más adecuadas de la visión creyente.

Lo mismo acontece en los Evangelios Sinópticos. En múltiples casos la afirmación del rol profético de Jesús procede de un ámbito extraño al círculo de los discípulos y, por consiguiente, no expresa adecuadamente la fe de la comunidad cristiana. Los que hablan en estos casos son la "gente" (Mt 16,14; Mt 23,11; Lc 9,19) u "otros" (Mc 6,15; Lc 9,8).

Sin embargo, en muchos otros pasajes, Jesús y los profetas aparecen íntimamente conectados. Ya en el primer escrito del Nuevo Testamento se los colocaba unidos por un destino final común: "Ellos mataron al Señor Jesús y a los profetas" (1 Tes 2,15).

El mismo sentido se desprende del apóstrofe contra Jerusalén colocado por Mateo en los últimos días de la actividad de Jesús y en el que se dirige duramente a la ciudad capital diciendo: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas" (Mt 23,37). Lucas, aunque lo anticipa a un momento previo en que su vida está amenazada por Herodes (Lc 13,31-35), introduce un matiz importante: la firme decisión de Jesús de marchar a Jerusalén (Cf. Lc 10,51) se concibe como cumplimiento de la tarea profética: "Debo seguir mi camino hoy, mañana y pasado, porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén".

Este último Evangelio, además, consigna una valoración negativa sobre la incompreensión del fariseo Simón que no sabe descubrir en Jesús la posesión de la profecía.

Con toda probabilidad esta atribución se remonte al mismo Jesús. Eso

parece desprenderse del testimonio de un aforismo consignado en todos los Evangelios: "Un profeta es despreciado solamente en su pueblo y en su familia" (Mt 13,57; Cf. Mc 6,4 que añade "y en su casa"); "ningún profeta es recibido en su tierra" (Lc 4,24); "Él mismo había declarado que un profeta no goza de prestigio en su propio pueblo" (Jn 4,44).

El estilo profético de Jesús

Para comprender el sentido que asume esa dimensión profética es conveniente partir del testimonio ofrecido por las comunidades cristianas que se la atribuyen.

El primer elemento que acomuna a Jesús con los profetas es un cierto extrañamiento de pautas normales de comportamiento que existen en una determinada sociedad. El profeta como el "hombre de Dios", existente en diversas culturas y contextos sociales, está situado en un lugar que se puede denominar como un ámbito de marginalidad social. A diferencia de este último el profeta jamás se deja captar por los intentos que el poder hace por neutralizarlo e integrarlo en el ámbito de sus intereses. Los textos que hemos citado más arriba nos hablan de un rechazo de Jesús y de todo profeta por parte de su entorno social, "de su patria"; y en muchos de ellos se nos habla de la muerte violenta que experimenta todo profeta. "Los judíos" de la Primera Carta a los Tesalonicenses y la responsabilidad de Jerusalén en la muerte de los profetas del apóstrofe contra Jerusalén, reflejan claramente que para los que ejercen el poder,

les es imposible realizar sus designios en vistas a “comprar” al profeta. En todos estos pasajes se comprende la suerte final del profeta desde la existencia de poderes opuestos a la voluntad divina que, enquistados en Jerusalén y en los dirigentes de la nación judía de aquella época y de toda sociedad, no pueden manipular el ministerio de los profetas.

Se señala así explícitamente esa situación inevitable hacia la que conduce la profecía a los que la poseen auténticamente. El egoísmo del entorno social lleva inevitablemente al rechazo de los profetas que comienza en su propio entorno y que culmina en el decreto de la eliminación que pronuncian sobre él los detentores del poder.

Jesús profeta y su lucha contra el mal

Para la explicación de otros elementos característicos de la autenticidad profética en la actuación de Jesús quizá sea conveniente dirigir nuestra atención a la obra de Lucas: Evangelio-Hechos. Allí se despliegan múltiples elementos intrínsecos a la profecía y se hace constante referencia a dos de los máximos exponentes de la actuación profética antes de Jesús: Moisés y Elías.

Ya en el relato de los peregrinos de Emaús se relaciona la profecía con la posesión de poder en “obras y palabras”. El primero de los ámbitos se pone de relieve en el estrecho paralelismo ofrecido en Lc 13,31-32 donde se relaciona el ministerio profético con la expulsión de

demonios y curaciones: “Vayan a decir a ese zorro; hoy y mañana expulso a los demonios y realizo curaciones y al tercer día habré terminado. Pero debo seguir mi camino hoy mañana y pasado, porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén”.

De esa forma el ministerio profético se concibe como una lucha emprendida contra todas las formas que adopta el mal en la existencia humana. Esto convierte al profeta en una persona que reivindica las exigencias de Dios en un mundo oscurecido por la omnipresencia de las fuerzas que se oponen al designio salvífico divino.

La capacidad de entrega total de la vida al querer divino y la actividad benéfica de “expulsar demonios y realizar curaciones” hacen que las comunidades del tercer evangelio identifiquen a Jesús con Elías, con cuyo regreso las expectativas de la época ligaban el advenimiento definitivo del Reino de Dios y la manifestación de su soberanía sobre el mundo y la historia. Los rasgos de Elías que se aplican al Bautista en Mateo y Marcos se transfieren a Jesús en las comunidades lucanas. Ya en el episodio de la sinagoga de Nazaret, Jesús justifica su actuación apelando a la actividad de Elías en favor de la viuda de Sidón: “Yo les aseguro que había muchas viudas de Israel en tiempos de Elías, cuando durante tres años y seis meses no hubo lluvia del cielo y el hambre azotó a todo el país. Sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta en el país de Sidón” (Lc 4,25-26). El tema reaparece en Lc 7,11-17 en la curación del hijo de la viuda de Naím que actualiza de forma concreta lo que

Jesús había expresado en la sinagoga. El paralelismo de lo que acontece cerca de Naím con el episodio relatado en 1 Re 17,17-25 es estrecho. En ambos casos es idéntico el “estado civil” de la mujer, en las dos ocasiones se trata de la muerte de un hijo único, en los dos episodios, luego de la revivificación, el escrito consigna la “entrega a su madre” y las reacciones de la mujer de Sarepta y de los integrantes del cortejo fúnebre apuntan a la misma realidad: “la palabra del Señor está verdaderamente en tu boca” y “un gran profeta ha aparecido en medio de nosotros”.

Jesús el profeta liberador

La primera impresión que puede suscitar la lectura del episodio de Emaús es considerar errónea la conexión que establecen los caminantes de Emaús entre la propia expectativa de liberación: “nosotros esperábamos que él fuera quien liberara a Israel” (Lc 24,21), y la posesión de la profecía por parte de Jesús. Sin embargo, la conexión se revelará exacta en la evocación que los discursos de los Hechos hacen de la actividad terrestre del Resucitado. En ellos la victoria final sobre el mal y el sentido más profundo del combate que a ella conduce sólo pueden comprenderse con ayuda del recurso a la identidad y títulos de Moisés: “A este Moisés... Dios lo envió como jefe y liberador...” (Hch 7,35). Ambos términos coinciden con la identidad y títulos de Jesús en toda la obra de Lucas: “Nos ha dado un poderoso salvador (Lc 1,68); “Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (Lc

1,38); “A él Dios lo exaltó con su poder haciéndolo Jefe y Salvador” (Hch 5,31).

Esta transferencia de identidad y de títulos es posible gracias a la comprensión de la identidad de misión y destino de los dos personajes, tal como aparece sobre todo en el Discurso de Esteban (Hch 7).

El capítulo merece ser examinado de cerca porque en él, la figura tradicional del Moisés legislador ha perdido importancia frente a su rol de profeta liberador.

En primer lugar, encontramos allí, que la actuación de Moisés se describe en términos de “visita” (Hch 7,23) en la que “Dios por su intermedio, les daría la salvación” (Hch 7,25) lo mismo que en la conclusión del episodio de la revivificación del hijo de la viuda (Lc 7,16) donde se afirma que la aparición de un gran profeta es señal inequívoca de la visita de Dios que trae la salvación. Ésta, por su parte, aparece mencionada en muchos lugares del texto lucano (Cf. Lc 1,69.71.77; 19,9; Hch 4,12; 13,26.47; 16,17; 27,34).

Los “signos y prodigios” que son referidos a Jesús en las palabras de Esteban (Hch 7,22) –y en las de Pedro (Hch 2,22)– pertenecen al mismo ámbito de la actuación profética del Moisés liberador.

La liberación como función profética fue reconocida en Israel desde antiguo como se transparenta en Os 12,14a: “Por un profeta, el Señor hizo subir a Israel de Egipto”. Pero la relación de la fórmula es aún más directa con los Credos históricos de Israel, especialmente con los más antiguos: “El realizó, ante nuestros mismos

ojos, grandes signos y tremendos prodigios" (Dt 6,22); "nos hizo salir de Egipto con el poder de su mano y la fuerza de su brazo, en medio de un gran terror, de signos y prodigios" (Dt 26,8). En dichas expresiones de la fe de Israel los "signos y prodigios" aparecen conexos con el fin de la opresión de Egipto. La fórmula tiene su origen en el círculo de los autores deuteronomistas que nos han transmitido también la promesa: "El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta como yo; lo hará surgir de entre ustedes, de entre tus hermanos" (Dt 18,15).

Moisés asume allí claramente el papel de profeta liberador. Lo mismo acontece en el relato de su vocación donde se transmite al llamado la exigencia de actuar la liberación de Israel (Ex 3,1-4,18). Este relato, que hoy se considera originado en el mismo ámbito deuteronomista y que emplea las categorías suministradas por los relatos de vocación profética, es citado largamente por Esteban en su discurso. La autenticidad profética de Jesús se revela no solamente en una misión semejante sino también en un destino semejante. Moisés ha experimentado la incompreensión y el rechazo de sus hermanos: "...ellos no lo entendieron así" (Hch 7,25); "A quien ellos rechazaron diciendo: ¿Quién te ha nombrado jefe o árbitro nuestro... (Hch 7,35). La misma incompreensión (Lc 2,50; 18,34) y el mismo rechazo (Hch 3,13-14) acompañarán a Jesús a lo largo de su actuación.

La máxima expresión de la actuación liberadora del profeta Jesús se realiza con la ayuda del juego de palabras que Esteban hace a partir de Dt 18,15. El discurso

entiende el "suscitará un profeta" en el sentido de "resucitará un profeta", conforme a lo que a continuación se afirma: "...vio a la gloria de Dios, y a Jesús, que estaba de pie a la derecha de Dios" (Hch 7,55). Resucitando a Jesús, Dios testifica que Jesús es el profeta que realiza la liberación que Moisés ha dejado incompleta y que todavía se espera: "El que no escuche a este profeta será excluido del pueblo... lo envió para bendecirlos" (Hch 3,23.26).

El ministerio profético de la reconciliación

Entre otros múltiples rasgos de la actuación profética de Jesús no se puede dejar de señalar el ministerio de la reconciliación, rasgo esencial a la tarea profética. Gabriel lo anuncia a Zacarías referido al Precursor: "con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con sus hijos y atraer a los rebeldes a la sabiduría de los justos, preparando así al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lc 1,17).

Idéntica cualidad de la dimensión profética se asigna a Jesús en el relato sobre Pentecostés (Hch 2), con el recurso no ya a la figura de Elías sino a la de Moisés. En el discurso que explica el sentido del acontecimiento, Pedro señala de Jesús que: "Exaltado por el poder de Dios, él recibió del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen" (Hch 2,33).

Se subraya el hecho de la exaltación, lo mismo que en la cita que sigue a continuación: "Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi derecha". La exaltación asume aquí las características que los escritos de la época atribuyen a la ascensión de Moisés. Las acciones descritas se consiguen en la sucesión indicada por los verbos subir, recibir y dar. Conforme a la tradición targúmica del Sal 68,19 "Subiste al firmamento... entregando dones a los hombres", se concibe a Moisés subiendo a los cielos para recibir la Ley y darla a los hombres. De este modo la tradición del Sinaí se hace presente en el relato de los acontecimientos de Pentecostés.

Dejando de lado el don de la Ley, el texto se detiene en que el Sinaí constituye una propuesta para formar el pueblo de Dios y, que ella se realiza mediante el don del Espíritu que inaugura los últimos tiempos, anunciados por la cita de Joel (Hch 2,17-21; Cf. Jl 3,1-5).

Se descubre así en Moisés una anticipación del rol profético de Jesús que hace posible la reconciliación del pueblo. El Espíritu, responsable de esta reconciliación, se revela profusamente en la profecía y el testimonio que crean un clima que sólo puede describirse adecuadamente por el "íntimamente unidos" de Hch 2,46. La expresión sólo puede entenderse desde la traducción griega de Ex 19,8 en que los primeros cristianos leían: "respondió todo el pueblo íntimamente unido". Más allá de otros aspectos y por encima de ellos, la presencia del Espíritu se revela en la concesión del testimonio y de la profecía que Jesús hace a la comunidad creyente.

Estas nuevas posibilidades justifican la invitación a "ponerse a salvo de esta generación perversa" (Hch 2,40) donde se

alude a Dt 32,5: "Pero se comportaron mal con él los que ya no son sus hijos, a causa de su depravación, esa generación tortuosa y perversa".

La mística de Jesús, origen y culmen de su profecía

La dimensión profética de Jesús: victoria sobre el mal, actividad liberadora y ministerio de reconciliación sólo pueden entenderse desde una profunda intimidad con Dios. La evocación que hace Pedro ante el centurión sitúa el sumario de las acciones cumplidas por Jesús durante su paso por la tierra entre la "unción del Espíritu" y "Dios estaba con él": "Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, llenándolo de poder. El pasó haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con él" (Hch 10,38). Comienzo y fin del versículo colocan la existencia terrestre de Jesús en una dimensión mística que, para el creyente, sólo puede ser entendida como "vida en el Espíritu" y "acompañamiento del Dios de la vida".

De ahí que, el primer hecho relatado inmediatamente después de la proclamación de Juan pone de relieve los dos elementos: En el bautismo (Lc 3,21-22) se las consigna con las palabras "mientras estaba orando" ..., "el Espíritu Santo descendió sobre él".

La escena se presenta en términos que transfieren los rasgos del llamado al ámbito de la literatura sapiencial y de la literatura apocalíptica en las que desembocan

los escritos de la profecía en el Antiguo Testamento.

Como en la sabiduría de Israel se trata de una invitación que por encima de razas, llega a todo hombre y lo coloca en el ámbito de la divinidad haciendo realidad el sentido universal de la salvación anunciada ya por el Bautista: “toda carne verá la salvación de Dios” (Lc 3,6; Cf. Is 40,5).

Como en los Apocalipsis, Dios abandona un largo silencio de la profecía y vuelve a hablar y esta vez de modo pleno ya que la comunicación entre el hombre y Dios llega a su culminación: la apertura del cielo inaugura una nueva creación y hace posiblemente la existencia de un hombre nuevo: “...hijo de Adán, hijo de Dios” con que concluye la genealogía lucana (Lc 3,29).

A continuación se pone de relieve la conducción del Espíritu en la vida de Jesús: “fue conducido por el Espíritu al desierto” (Lc 4,1), “volvió a Galilea con el poder del Espíritu” (Lc 4,14) y en su “hoy” (Lc 4,21) se cumple lo anunciado por Isaías respecto a la presencia del Espíritu y al verdadero jubileo, “año de gracia del Señor”.

Toda acción emprendida por Jesús, deriva de esta presencia del Espíritu que constituye la fuente más profunda de su actividad. La plena conciencia de Jesús

sobre este punto se manifiesta en el cuidado con que en este evangelio se subrayan sus momentos de oración: “se retiraba a lugares desiertos para orar (Lc 5,16); “se retiró a una montaña para orar y pasó la noche en oración con Dios” (Lc 6,12); “Jesús oraba a solas” (9,18). Y en los momentos cruciales que inauguran una nueva época de su vida, marcha a Jerusalén, muerte en cruz se señala “subió a la montaña para orar...mientras oraba” (Lc 9,28. 29), “puesto de rodillas oraba” (Lc 22,41).

Esta oración de Jesús es señal manifiesta de que en Jesús se ha realizado ya lo que el afirma en Lc 11,8b: “cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan”.

Pero el mismo Espíritu que impulsa a Jesús a los momentos de oración, es también fuente integradora de toda su actividad. El Espíritu, que es viento, impulso y dinamismo, convierte a Jesús en caminante y confiere a su vida el carácter de una peregrinación. Sus múltiples encuentros se transforman así en anticipaciones del encuentro definitivo en que se manifestará la alegría plena que, más allá de la crítica y murmuración, es consecuencia de la integración de todos en el banquete de Dios: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha venido a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado” (Lc 15,31b.32).